

Las tribulaciones de un patriota desencantado. Las *Memorias histórico políticas* de Joaquín Posada Gutiérrez*

Juan Carlos Vélez Rendón*

¡Pobres pueblos!... Pero estoy divagando. Perdone el lector este extravío de mi patriotismo, conturbado por el deplorable porvenir de esta tierra querida, que las previsiones, las sacrosantas y proféticas palabras de Bolívar me presentan a la vista, a la imaginación, en toda su espantosa realidad.

Joaquín Posada Gutiérrez

Resumen

El ensayo se refiere a las *Memorias histórico políticas. Últimos días de la Gran Colombia y del Libertador*, de Joaquín Posada Gutiérrez. Más que en los sucesos que describe la obra, el ensayo se ocupa de la manera como el autor describió y valoró algunos rasgos de la vida política de la época, caracterizada por la puesta en práctica de ideas y procedimientos propios del republicanismo. En particular, el autor se ocupa de las apreciaciones de Posada sobre la revolución de Independencia y las guerras civiles que la sucedieron, sobre la actividad de las corrientes partidarias y las formas modernas de expresión política tales como los clubes políticos, la prensa escrita y las

* Artículo recibido el 2 de septiembre de 2006 y aprobado el 7 de noviembre de 2006.

* Profesor e investigador del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia y Candidato a Doctor en Historia del Colegio de México.

elecciones. Con esto se pretende hacer evidente cómo en el relato historiográfico decimonónico que legitimaba la revolución de Independencia emergía una crítica radical a la práctica política según los parámetros republicanos, sobre todo desde que las facciones de tendencia liberal agitaron las elecciones, los debates en el congreso y la arena pública en general. Este ejercicio permite destacar la singularidad de una historiografía concebida por protagonistas u observadores directos de los hechos que historiaban, así como la manera en que estos historiadores tomaron parte en la disputa ideológica por definir el sentido del siglo XIX.

Palabras clave: Memorias, Joaquín Posada Gutiérrez, historiografía, Siglo XIX, Ilustración, Independencia, Partidos Políticos, guerras civiles, República, Nueva Granada, Colombia.

Abstract

The essay is referred to the *Memorias histórico políticas. Últimos días de la Gran Colombia y del Libertador*, by Joaquín Posada Gutiérrez. Rather than the facts described in the work, the essay is concerned in the way the author described and valued some traces of the epoch political life, characterized by the functioning of ideas and procedures from the republicanism. Particularly, the author is interested in Posada's appreciations about the Independence revolution and the civil wars after it, about the "parties" activities and the modern ways of political expressions such as the political clubs, the written press and the elections. With this it is pretended to make evident how in the 19th century historiographic relate that legitimated the Independence emerged a radical critic to the political practice according to the republican parameters, especially since the liberal tendencies factions agitated the elections, the congress debates and public arena in general. This exercise allows detaching the singularity of a historiography conceived by protagonists or direct observers of the facts they were making history about, as well as the way in which this historians took part in the ideological fight for defining the sense of the XIX century.

Keywords: Memories, Joaquín Posada Gutiérrez, historiography, XIX Century, Illustration, Independence, Political Parties, civil wars, Republic, Nueva Granada, Colombia.

Introducción

El tema de este ensayo son las *Memorias histórico-políticas. Últimos días de la Gran Colombia y del Libertador*, del historiador colombiano Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881).¹ El autor, nacido en Cartagena de Indias y educado en Europa durante la época del imperio napoleónico, tuvo una activa participación en las guerras de Independencia americanas y en la inestable vida política republicana de los primeros años de la Gran Colombia y de la Nueva Granada.² Por su cercanía a Simón Bolívar y al general venezolano Rafael Urdaneta, por sus ideas acerca de los proyectos políticos de la época y por su actividad partidista ha sido considerado como miembro de lo que se ha llamado el “protoconservadurismo civilista colombiano”.³

¹ Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas. Últimos días de la Gran Colombia y del Libertador*, t. I, Madrid, Biblioteca Ayacucho, Editorial Madrid, 1920. La obra publicada por la Biblioteca Ayacucho tiene, en total, tres tomos, pero de ella se excluyen los que tratan del periodo que va de 1830 a 1863. Este trabajo se concentra en el primer tomo de esta edición

² Aspectos de su biografía pueden verse en: “Advertencia”, *Ibid.*, p. 7. Véase, también: Jorge Orlando Melo, “La literatura histórica en la república”, en: *Manual de Literatura Colombiana*, Bogotá, Planeta, 1988. Datos adicionales pueden encontrarse en: Miguel Antonio Caro, “Memorias del general Joaquín Posada Gutiérrez”, en: *La oda a la estatua de la libertad y otros escritos acerca de Bolívar*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1984.

³ Asumo como propias las advertencias de Stefan Collini, Donald Winch y John Burrow cuando dicen que, “al llamar la atención hacia figuras que

Joaquín Posada Gutiérrez comenzó a escribir las *Memorias histórico-políticas* en febrero de 1863, cuando tenía algo más de sesenta años y el país salía de una dramática guerra civil en la que el partido liberal desalojó al partido conservador del poder gubernamental. Luego de superar numerosas dificultades para su publicación, el primer tomo fue presentado en diciembre de 1865, pero reducido en buena parte debido a los costos de impresión. El segundo tomo de su obra fue publicado en 1881, a unos pocos años de su muerte. Estas memorias son, como lo dice Jorge Orlando Melo, el testimonio de una persona “que había vivido las grandes esperanzas de la época de la Independencia, rodeado entre 1820 y 1830 por personajes históricos de primera magnitud, verdaderos héroes que no pudieron sin embargo consolidar una república ordenada y sólida”. Posteriormente, le correspondió presenciar e historiar la que denominó “constante decadencia” de la Nueva Granada, gobernada por “políticos y militares de segunda categoría”.⁴

La obra contiene, como el mismo autor lo dice, la historia de “los sucesos más notables, y de las revoluciones de

han padecido alguna especie de descuido o interpretaciones erróneas por parte de los eruditos, no consideramos estar recomendando sus opiniones ni abogando por un retorno a sus métodos”. Stefan Collini, Donald Winch y John Burrow, *La política, ciencia noble. Un estudio de la historia intelectual del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 15-16.

⁴ Jorge Orlando Melo, *Op. cit.*

la Nueva Granada desde la disolución de Colombia hasta 1863". Sin embargo, el interés y el énfasis de este ensayo están puestos, más que en los sucesos de los que se ocupa la obra, en la manera como Posada Gutiérrez describió y valoró algunos rasgos de la vida política de la época, caracterizada por la puesta en práctica de ideas y procedimientos propios del republicanismo. En particular, me interesan sus apreciaciones sobre la revolución de Independencia y los conflictos que la sucedieron, sobre la actividad de las corrientes partidarias y las formas modernas de expresión política tales como los clubes políticos, la prensa escrita y las elecciones.

Al mostrar la manera como Posada Gutiérrez valoró la irrupción de prácticas y lenguajes políticos modernos en la Gran Colombia y en la Nueva Granada, pretendo hacer evidente cómo en el relato historiográfico decimonónico que legitimaba la revolución de Independencia emergía una crítica radical a la práctica política según los parámetros republicanos, sobre todo desde que las facciones de tendencia liberal agitaron las elecciones, los debates en el congreso y la arena pública en general.

Este ejercicio permite destacar la singularidad de una historiografía concebida por protagonistas u observadores directos de los hechos que historaban. En el caso concreto de Posada Gutiérrez, se trataba de un militar que participó activamente en las guerras de Independencia, y que escribió un rela-

to historiográfico que no se podía desligar de ese "momento originario" y fundante que fue la Revolución, para describir la vida política que lo sucedió.

El ejercicio también permite advertir la manera como estos historiadores tomaron parte en la disputa ideológica por definir el sentido del siglo XIX, es decir, por aportar argumentos para describir, explicar, justificar o criticar la Independencia, la República y las reformas de mitad de siglo. La obra de Posada Gutiérrez se puede apreciar, pues, por su carácter historiográfico singular, y por la reflexión intelectual en la que quedaron plasmadas las valoraciones derivadas del presente político que vivía. En el momento en el que se configuraron dos tendencias partidistas y, a la vez, se comenzó a debatir intelectualmente sobre el pasado, la obra de Posada Gutiérrez aportó elementos para forjar una interpretación conservadora de aquellos fenómenos.

Parto de la premisa según la cual "el quehacer de los historiadores hace parte de la actualidad intelectual de su propio momento".⁵ Apoyado en un argumento de Germán Colmenares, quiero exponer la idea según la cual en las obras historiográficas del siglo XIX es posible percibir las presunciones y creencias de una época radicalmente

⁵ Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, 4ª edición, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Colciencias-Banco de la República-Universidad del Valle, 1997, p. XI.

afectada por el cambio, la incertidumbre y preocupaciones de una generación desencantada con la vida republicana, el malestar y la inconformidad de algunos personajes con la vida política contemporánea; es decir, que en tales obras es posible encontrar también el material básico de la reflexión intelectual colombiana en la primera mitad del siglo XIX.

En la primera parte presento algunas reflexiones sobre la construcción de un discurso histórico y la formulación de una concepción intelectual en el siglo XIX sobre la situación política de Colombia. En la segunda parte presento algunos datos sobre la generación a la que perteneció Posada Gutiérrez, haciendo énfasis en la manera como la Ilustración modeló su percepción de los acontecimientos políticos. En la tercera parte expongo las impresiones del autor sobre la revolución y las guerras civiles, las cuales eran tributarias del ideal ilustrado. En el cuarto, expongo la manera como el autor describe la tensión básica que subyace entre la ley y las pasiones del individuo, causante de la inestabilidad de las nuevas repúblicas. En el quinto, abordo el tema de la federación, en el cual se expresaron las “pasiones” políticas de los colombianos, logrando la disolución del sueño de Bolívar. En el punto seis me refiero a la valoración del autor sobre los “partidos” y las facciones, deteniéndome en el carácter negativo que quería resaltar de ellos. Por último retomo algunas de las ideas que expresó acerca de las elecciones, de la pren-

sa, de los clubes y otras expresiones políticas de la época, que indicaban una transición de un mundo tradicional a otro “moderno”.

1. El discurso histórico como reflejo de una concepción intelectual sobre el pasado, el presente y el futuro de la Nueva Granada en el siglo XIX

No puede decirse que Joaquín Posada Gutiérrez se considerara a sí mismo como un historiador ni mucho menos como un intelectual de las ideas o de la filosofía política.⁶ Tampoco puede afirmarse que la obra de Posada Gutiérrez haya sido bien estimada dentro de la historia del pensamiento,⁷ de la historiografía colombiana del siglo

⁶ En el prefacio de su libro dice: “No busque el lector en este libro la rígida corrección propia de una obra didáctica, ni la florida elocuencia de aquellas que se escriben por hombres competentes para entretenimiento y solaz. Yo no soy literato, ni pretendo ser un erudito consumado. No soy más que un viejo soldado que después de haber gastado mi vida en servicio de mi patria, creo poder ser útil todavía, escribiendo lo que vi y lo que supe antes, y lo que vea y lo que sepa hasta que llegue para mi el momento afortunado en que cesan los dolores de la vida”. Joaquín Posada Gutiérrez, “Prefacio”, en: *Op. cit.*, p. 11.

⁷ Jaime Jaramillo Uribe, en su obra clásica *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá, Temis, 1964), no lo cita como parte de su registro del “pensamiento de algunas figuras que, por la magnitud y calidad de su obra, tuvieron en su tiempo considerable influjo sobre la opinión de sus conciudadanos y que en alguna medida han continuado teniéndolo”.

XIX⁸ o en los debates ideológicos de entonces,⁹ aunque se le reconoce un valor narrativo que la hace destacar entre las de su época.¹⁰ Mucho menos puede indicarse que su pensamiento haya sido incluido dentro de la historia intelectual de la América hispana. Esto, probablemente, porque dicha obra carece de tal pretensión o porque no se inscribe en algún género cultivado por otros autores que sí podrían clasificarse en uno de los apartados indicados.

A lo sumo, adoptando una indicación de Juan Marichal sobre lo que constituye una historia intelectual, podría decirse de Joaquín Posada Gutiérrez que era uno de esos personajes “opinantes”, es decir, de los que retomaban una idea y la hacían suya “en un lugar y en un tiempo concretos de la historia humana”.¹¹ En efecto, el autor, a partir de

su vida como protagonista de los hechos que describe y de la influencia de la literatura política de la época, concibe una historia sobre un proceso clave de la historia republicana y deja huellas acerca de un estado de ánimo compartido por algunos de sus coterráneos. Comienza a escribir, justamente, cuando el partido liberal acababa de salir triunfante de una “revolución” que dejó al partido conservador “oprimido, inerme, postrado y al vencedor apoderado de todos los recursos del país”.¹² Este panorama, desde luego, incidió en la perspectiva adoptada por el autor al escribir su obra. En este sentido, habría que decir que la dinámica de la guerra misma, es decir, la experiencia del proceso violento le dio “consistencia a las ideas construidas en el discurso”.¹³

Mientras Restrepo tiende a caer en una pura acumulación cronológica de los acontecimientos, Posada atiende más a los personajes, y esta preocupación biográfica da más vida a los conflictos políticos y militares que narra. Además, Posada encuentra dignos de mención, quizá por no considerarse historiador, elementos secundarios que dan un contexto más preciso a la acción. Aspectos de la vida cotidiana, fiestas, celebraciones populares, por ejemplo, encuentran sitio en su texto [...]. *Ibid.*

¹¹ Juan Marichal, *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana, 1810-1970*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1978, pp. 22-24.

¹² “Carta de Joaquín Posada Gutiérrez a Miguel Antonio Caro”, Bogotá, octubre de 1864. Publicada en Miguel Antonio Caro, *Op. cit.*, pp. 152-153.

¹³ Clement Thibaud, “Formas de guerra y construcción de identidades políticas. La Guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada) 1810-1825”, en: *Análisis Político* (45), Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, enero-abril de 2002, pp. 36-37.

⁸ Aunque Jorge Orlando Melo reconoce la obra de Posada Gutiérrez como la “más memorable del género (de memorias)”, considera que este tipo de trabajos tiene una “importancia documental, pero casi ninguno tiene interés independiente como obra histórica”, Jorge Orlando Melo, *Op. cit.*, p. 5.

⁹ Véase Eduardo Posada Carbó, “Historia de las ideas en Colombia desde la conquista hasta 1950”, en: *El desafío de las ideas. Ensayos de historia intelectual y política en Colombia*, Medellín, Banco de la República-Eafit, 2003.

¹⁰ Jorge Orlando Melo, comparándola con la obra de José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la república de Colombia*, dice: “Desde un punto de vista narrativo, las Memorias conforman un texto mucho más atractivo que la de Restrepo. Esto puede provenir, como lo hizo ver Miguel Antonio Caro, de la forma más dramática que adopta el relato de Posada, sobre todo por la mayor atención a la psicología de los protagonistas y a la definición de los intereses y objetivos de estos.

Al igual que otras reflexiones de la época, los argumentos de Posada Gutiérrez descansan sobre juicios morales, a partir de los cuales se va concibiendo lo que se ha denominado “una visión judicial del proceso histórico”.¹⁴ No sólo trataba de dar su propia versión de los hechos y de explicar y justificar sus acciones, sino que, además, buscaba establecer responsabilidades sobre el destino que había tomado la República y sobre los responsables de los males que la afectaban. Esto se aprecia, de alguna manera, en ese contraste permanente entre la valoración de los hechos “tal como sucedieron” y la manera como deberían haber ocurrido según lo indicaban las necesidades de la nueva República. Así pues, su obra escrita con el ruido de los cañones y los fusiles en el ambiente, contiene preocupaciones, aseveraciones y juicios formulados desde una concepción moral específica que es reflejo de una época y de un grupo determinado de personas.

Las *Memorias* son, entonces, un discurso histórico sobre los primeros decenios de vida republicana en la Gran Colombia, aunque indirectamente también lo son del pasado colonial y de la experiencia de la Independencia, seriamente influenciada por la experiencia de la guerra. Así le da un uso a su in-

terpretación del pasado, juzga su presente y vaticina sobre el futuro, operaciones de no poco valor justamente cuando el país, el continente y Europa vivían las consecuencias de la Revolución del 48. En este sentido podrían aplicársele al autor las palabras del historiador Germán Colmenares cuando decía que la visión del pasado de estos personajes, ya fuera “deprimente u optimista”, y la elección de sus temas, ejemplifican de alguna manera “las preocupaciones corrientes de un momento dado”.¹⁵

Una obra historiográfica concebida de esta manera, aunque no contenía reflexiones sistemáticas, rigurosas y “profundas” acerca del destino de la Gran Colombia y de la Nueva Granada, sí incidió en la formulación de una concepción intelectual en un momento específico de su pasado. Aportaba “matices” y “tonalidades reveladoras” de la época, expresaba opiniones fundadas en argumentos morales e indicaba, comparativamente con la América anglosajona, los déficits y carencias de las repúblicas del sur del continente. Por estas razones, además del valor historiográfico de la obra, tendría que reconocerse un valor adicional como reflexión política, y por lo tanto susceptible de ser analizada dentro del apartado de la historia intelectual del siglo XIX colombiano.

¹⁴ Jorge Orlando Melo, *Op. cit.*

¹⁵ Germán Colmenares, *Op. cit.*, p. XI.

2. Entre la generación de “los patriotas” y la de los “parlantes del civismo”

Existe una opinión compartida acerca de la generación que inició la revolución de Independencia en Hispanoamérica. Jaime O. Rodríguez ha dicho de esta generación que era el resultado de un sistema educativo reformado, en el que convergían tanto las ideas de la Ilustración como el pensamiento hispánico, el cual “incluía los importantes conceptos de la soberanía popular y del gobierno representativo”. Para el autor, este grupo de individuos se nutrió de experiencias procedentes de la Europa occidental que “proveyeron ejemplos excitantes de cambio político” como la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa, pero que, en todo caso, “no ofrecieron puntos de vista radicalmente distintos de aquellos que eran ya comunes en la cultura hispánica”.¹⁶

Javier Ocampo López, coincidiendo en parte con Rodríguez, identifica una “generación iluminista o de la Independencia”, la cual, a su vez, divide en tres: la generación precursora, la generación heroica y la generación fundadora o de los caudillos. De esta última, dice que “fueron educados en un estilo de vida dualista: escolástico-ilus-

trado, y en un ambiente circunstancial guerrero. La guerra los sorprendió en la adolescencia, por lo cual, su meta la culminan con el triunfo de la Guerra de Independencia. Su vigencia social fue organizar los nuevos Estados nacionales de Hispanoamérica, delineados en una democracia republicana. Tuvieron los problemas del caudillismo, el partidismo personalista y el nacionalismo”.¹⁷

Podría decirse que Posada Gutiérrez (1797-1881) debe ubicarse entre esa generación heroica y la fundadora. Hizo parte del grupo de militares que participaron activamente en las guerras de Independencia de América y que, posteriormente desempeñaron un rol protagónico en los comienzos de la vida republicana. Como parece lógico en alguien que se formó en Europa, recibió la influencia de las ideas procedentes de la literatura política de la época que, de alguna manera, reflexionaban sobre el mundo nuevo que surgió de las revoluciones americana, francesa e hispanoamericanas. Aunque no se pueden identificar unas “fuentes intelectuales” precisas que modelaran su pensamiento, sí es posible notar que retomó ideas de algunos de los pensadores de moda y escribió bajo algunas influencias concretas.

En su obra cita, por ejemplo, a historiadores contemporáneos suyos como José Manuel Restrepo, Rafael María

¹⁶ Jaime O. Rodríguez, *La independencia de la América española*, México, Fondo de Cultura Económica -El Colegio de México, 1996, pp. 15-16.

¹⁷ Javier Ocampo López, *Colombia en sus ideas*, t. II, Bogotá, Universidad Central, 1999, pp. 595-596.

Baral y Ramón Díaz, y César Cantú. También cita extensamente, para rectificar o reconfirmar algunos sucesos, a contemporáneos suyos que escribieron memorias y ensayos políticos, como José María Obando, Tomás Cipriano de Mosquera, Juan García del Río, entre otros. Pero también hace referencia a Chateaubriand, para justificar la función civilizadora de la Iglesia en América.¹⁸ Cita a Destutt de Tracy para justificar a Bolívar y para ponderar las acusaciones de absolutismo que se le hacían, así como para establecer la relación existente entre el mejor gobierno, la libertad y la felicidad del pueblo.¹⁹ Cita a Washington, al que consideraba como “modelo de los verdaderos liberales”, para justificar y defender que en la Gran Colombia se expresaran libremente ideas favorables acerca de la monarquía.²⁰ Mencionando la personalidad benévola de Bolívar, quien “no podía guardar rencor veinticuatro horas contra sus mayores enemigos”, cita a Maquiavelo en ese pasaje en el que dice que el Príncipe debe hacerse querer y respetar, y que en caso de no poder lograr ambas cosas, el Príncipe debe preferir hacerse temer”.²¹ Por lo demás, es evidente que leyó la *Vida de los hombres ilustres*, de Plutarco, de donde tomó ejemplos y referencias del mundo griego y romano que usó en sus

memorias, sobre todo cuando alude al ideal republicano.

Llama la atención que, al lado de las referencias a la revolución norteamericana y a la francesa, se presenten alusiones al mundo clásico y a la época medieval. En ciertas circunstancias, de hecho, el parangón con el mundo clásico, con Grecia y con la Roma Imperial parecía un instrumento generalizado de la época para “leer” la política en esos días. Bolívar, al parecer, consideraba que la disolución de la Gran Colombia se asemejaba a la disolución del Imperio Romano. Sus contemporáneos, relacionaban a Bolívar con César. Posada Gutiérrez hablaba de los triunviros, de Tiberio, Nerón, Calígula y Cómodo en una clara referencia a los opositores a Bolívar.²²

En general, Posada también hacía una comparación explícita con la edad media y planteaba una crítica al principio moderno de soberanía, el cual era en su opinión el causante de derramamientos de sangre inútiles, sobre todo entre aquellas personas en nombre de las cuales se adoptaba.

La América está corriendo ahora su Edad Media; y así tiene que ser forzosamente, porque los pueblos no aprenden nada de lo pasado, y necesitan sufrir para ver claro. Por todas partes el feudalismo democrático, bajo el nombre de federación, se esta-

¹⁸ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 106.

¹⁹ *Ibid.*, p. 185.

²⁰ *Ibid.*, p. 295.

²¹ *Ibid.*, p. 258.

²² *Ibid.*, p. 188.

bleció o pretenden establecerlo; la antigua anarquía feudal, las luchas de los barones unos con otros, o contra el señor feudal, o de éste contra aquellos, se repiten en América con otros nombres. La soberanía de los Estados, que es el mayor de los absurdos, reemplaza a la soberanía de los barones, que la disputaban con la espada y con la sangre de sus desgraciados vasallos, contra el Rey o Emperador, que reconocían también por soberano, así como ahora los nuevos barones de los estados la pretenden y la disputan entre sí con la lanza y el fusil, y al poder nacional, que también es soberano: y con los más fútiles pretextos se derrama²³ a raudales la sangre inocente.

Aunque Posada Gutiérrez coincide cronológicamente con los miembros de la generación iluminista así como con los de la “generación liberal romántica” que tradujo las ideas de la utopía socialista de mediados de siglo XIX,²⁴ es más atinado pensar que se sintió parte de la primera. La singularidad de Posada Gutiérrez dentro de esa generación se advierte en varios aspectos. Su obra se inscribe dentro de lo que se ha llamado el “pesimismo conservador de mediados de siglo”. A esta generación, al igual que a otras en América

Latina, la caracterizaba el desencanto por la política²⁵ derivado de lo que había sido concretamente la experiencia republicana. La inestabilidad de las repúblicas, el faccionalismo, el caudillismo y la inmoralidad eran algunos de los rasgos que contradecían el horizonte de libertad que se dibujaba apenas fueron expulsados los españoles.

Entre los rasgos que lo caracterizan como miembro de esta generación y que, a la vez, lo definen como miembro del protoconservadurismo civilista, puede indicarse el siguiente. Posada Gutiérrez fue un crítico severo de sus contemporáneos, sobre todo de los que “abrazaron” las ideas del liberalismo, así como de las nuevas generaciones asociadas al socialismo utópico. De manera implícita y general, se refirió a ellos como los “parlantes del civismo”, denominación que comprendía a los jóvenes que veían “como plausible, y muy *liberal*, el desacato a cuanto hay de respetable, y a los mayores en edad, dignidad y gobierno”; los que producían la “algazara incivil” que, como novedad, se acostumbraba en el Senado; los que expresaban “el desarrollo que ha tenido el elemento democrático”;²⁶ en fin, los que promovían la anarquía reinante en las ideas, que traía por consecuencia las polémicas de muladar y las disputas acaloradas de taberna, que las

²³ *Ibíd.*, pp. 253-254.

²⁴ Véase Pierre-Luc Abramson, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

²⁵ Véase, por ejemplo, Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 14-16.

²⁶ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 96.

más veces terminaban en pugilato”.²⁷

De estos parlantes del civismo decía que la patria no les debía “el menor sacrificio” en la independencia y que ostentaban el “patriotismo con palabrería”. Los diferenciaba de “los que combatimos [a los españoles], siguiendo los pasos del Grande Hombre”, los cuales no necesitaban tales ostentaciones.²⁸ En una época en la que se cuestionaba el papel de la Iglesia y la acción de los jesuitas a partir de autores como Eugène Sue y Edgar Quinet,²⁹ crítica explícita a la “religión de la humanidad” y a las experiencias sociales como los falansterios, consideraba que ninguna de ellas superaba la obra civilizadora de la religión cristiana, particularmente el papel de los jesuitas. Por ejemplo, en un pasaje de su obra dedicado a exaltar la labor civilizadora de esta comunidad, se preguntaba: “¿Qué religión, qué nación, ha hecho jamás cosa que siquiera se parezca a esto? ¿Los ideales *Falansterios* del ultrasocialismo, pueden compararse?”.³⁰

Así, puede concluirse que Joaquín Posada Gutiérrez estaba entre dos generaciones, aunque su lectura del presente y del pasado expresaba la desilusión y el desencanto de los que, inspirados en la Ilustración, creyeron en la

racionalidad que domesticaría las pasiones de los hombres, en la eficacia de las leyes para controlar las ambiciones desmedidas de los caudillos y en la acción de los ciudadanos que evitaría la guerra civil. En su lugar, habían sido testigos de la exacerbación de las pasiones políticas, de la violación de la ley en nombre de la misma ley y de la “barbarie” del pueblo exaltado por los profesionales de las juntas electorales. Para este autor, nacido en plena vigencia de los ideales de la Ilustración, “La lógica de la razón había sido atropellada por las argucias de las pasiones, y la patria perecía bajo los golpes que le daban los unos y los otros, cegados por las rivalidades, por el encono, por el odio y por el orgullo de triunfar humillando a su adversario”.³¹

3. De la Revolución a “las olimpiadas revolucionarias”

El fenómeno que unifica y parece modelar la generación a la que perteneció Posada Gutiérrez es la Revolución de Independencia, una experiencia inédita que abría las posibilidades para un mundo nuevo. Pero, en los años posteriores a la Independencia, la guerra y la política parecieron las partes constitutivas de un todo inescindible. Esto se constata en el estrecho margen existente en las acciones de militares y políticos, que con una rapidez sorprendente dejaron de ser políticas para convertirse en guerras civiles.

²⁷ *Ibid.*, p. 142.

²⁸ *Ibid.*, p. 116.

²⁹ Para el caso de la Nueva Granada, véase: Pierre-Luc Abramson, *Op. cit.*, pp. 82-85.

³⁰ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, pp. 106-107.

³¹ *Ibid.*, p. 172.

Para la época en la que escribe Posada Gutiérrez era posible una diferenciación conceptual entre revolución y guerra civil. De hecho, como lo ha expuesto Reinhart Koselleck, lo “políticamente notable” del primer concepto es que se definió como “contrario” del segundo: mientras la guerra civil tenía la connotación de un “girar-sobre-sí mismo carente de sentido”, la revolución fijaba la posibilidad de “un nuevo horizonte”. Para los contemporáneos existía, entonces, la posibilidad de avanzar en una revolución “sin tener que exponerse al terror de una guerra civil”.³² Esta concepción, así como la “esperanza” contenida en ella, al parecer fue compartida por Posada Gutiérrez.

Una observación rápida al uso que Posada Gutiérrez le da al término revolución, haría creer que el autor no distinguía los sucesos que dieron origen a la Independencia y surgimiento de la Gran Colombia, de aquellos que caracterizaron las luchas entre facciones en los primeros años de la vida republicana. De alguna manera, la violencia y las luchas sangrientas aparecían como ese “común denominador” que permitiría la asimilación de una a la otra.

Sin embargo, para el autor hay una diferencia entre la Revolución de la

Independencia y las que él mismo denominó “olimpiadas revolucionarias” que emprendieron los facciosos luego de instaurada la República. La primera fue una “guerra heroica” constituida por “batallas gloriosas”, cuyos protagonistas fueron “guerreros de eterna y honrosa recordación” que dieron “renombre a su patria con hazañas inmortales”. El resultado de estas guerras fue la “aparición” de “Colombia, hija de la victoria” que entraba “con honor en la sociedad de las naciones independientes” y que presagiaba “una larga vida de paz y de dicha”.³³

Por supuesto, el autor reconocía que de parte del ejército libertador se habían cometido actos crueles pero ellos estaban disculpados por las atrocidades del partido realista. A este respecto, decía que la guerra tenía “exigencias terribles: la represalia es una de ellas, imprescindible”.³⁴ Así mismo, aceptaba que habían excitado el odio del pueblo, porque ninguna revolución se hacía “sin excitar el odio de los pueblos contra alguno o algunos, pues los pueblos no se mueven por abstracciones teóricas ni por consideraciones políticas, sino acalorando sus pasiones”.³⁵

El autor no ignoraba que había alguna relación entre las guerras de Independencia con los “horrores cometidos en la conquista”, pero, en su opi-

³² Reinhart Koselleck, “Criterios históricos del concepto moderno de revolución”, en: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 72-74.

³³ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 15.

³⁴ *Ibíd.*, pp. 258-259.

³⁵ *Ibíd.*, p. 108.

nión, éstos últimos se justificaban en la medida en que hacían parte de una guerra de conquista. Consideraba que, aunque los hubo “grandes” y “atrocés”, se exageraban frecuentemente. Por lo demás, basándose en “los anales de la historia” los justificaba como actos propios de una relación en la que el conquistador lograba la obediencia del pueblo subyugado. Estos actos se compensaban de alguna manera, pues, en su opinión, algunas veces la conquista mejoraba su suerte.³⁶ Esta opinión hace parte de esa fuerte corriente que, desde mediados del siglo XIX en Colombia, comenzó a plantear una valoración positiva de algunos aspectos de la época colonial y, en consecuencia, del legado español.³⁷

Las “olimpiadas revolucionarias”, por su parte, correspondían a esos movimientos de carácter subversivo, a esas rebeliones y tumultos adelantados por “facciones militares”. Estas guerras, en su perspectiva, vinieron a “burlear tantas esperanzas halagüeñas, a hacer infructuosos tantos sacrificios”, dejando a la patria “nadando en lagos de sangre”. En tales tumultos, las administraciones de las recientes repúblicas quedaban expuestas a los cambios de empleados y a la ruina de los “inventarios” y las precarias arcas públicas.³⁸ En la sociedad se instalaba el

robo, el pillaje, las expoliaciones y las iniquidades como práctica “política” habitual. En ellas, como consecuencia, predominaba la “putrefacción moral” de tal manera que todos aquellos actos se incrementaban en cada revolución, a tal punto que “se han excedido en [ellos] los mismos hombres que antes los condenaron en sus adversarios”.³⁹

Más concretamente, el autor hace referencia a las guerras que tuvieron como punto de partida las acciones apoyadas por el general Francisco de Paula Santander, que destruyeron “la moralidad del ejército”.⁴⁰ O las emprendidas por el general Páez en Venezuela (Valencia y Caracas) en abril de 1826, que desencadenaron esa “fatalidad que pesa como mano de hierro” sobre las repúblicas hispanoamericanas. Con un contrafactualismo que es común en su discurso, dice, por ejemplo, que si esta última no hubiera ocurrido “Colombia, la verdadera, probablemente existiría libre, respetable y respetada, el Libertador no se habría extraviado, y los escándalos subsiguientes no habrían quizás aparecido”.⁴¹ En todo caso, fueron estas últimas las que condujeron a la “disolución” de la República y a la pérdida de un futuro prometedor.

³⁶ *Ibíd.*, p. 103.

³⁷ Véase: Jaime Jaramillo Uribe, *Op. cit.*, pp. 75-82.

³⁸ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 42.

³⁹ *Ibíd.*, p. 218.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 79.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 17.

Sin embargo, cabe anotar que no todas estas guerras civiles o revoluciones eran malas. Algunas caían providencialmente “como un rayo” sobre personajes que promovían “guerras injustas” que buscaban satisfacer “intereses personales”. Tal fue el caso de la guerra que trató de desarrollar el general Lamar en el Perú contra el Libertador, en junio de 1829, y que fue detenida por una “revolución militar” encabezada por el general Lafuente, que lo “aniquiló instantáneamente”.⁴²

Posada Gutiérrez se lamentaba de los efectos inmediatos de las guerras civiles, pero también contemplaba los efectos sobre las generaciones posteriores. Mientras que en la Independencia hubo sacrificios y se cometieron errores y despilfarros que afectaban a la sociedad, éstos no superaban “la bancarrota oprobiosa y sin remedio, la prostración física y moral que les legamos nosotros por las revoluciones y guerras civiles posteriores, excediendo la última en ruina, en destrucción, a todas las anteriores”. Y lo más dramático era su escueta premonición: “Y falta todavía...”.⁴³

En el momento en el que Posada Gutiérrez escribía, es decir, cuando el “partido usurpador” acababa de vencer militarmente al partido conservador, la guerra había perdido el esplendor que tuvo durante la Independencia.

⁴² *Ibíd.*, pp. 282-283.

⁴³ *Ibíd.*, p. 44.

En aquella, más que la grandeza de los hombres, se estaba revelando la naturaleza de los hombres, dominados por sus pasiones, por el odio y por el egoísmo.

4. “Naufragar en el mar de la anarquía o encallar en los arrecifes del despotismo”

La tensión básica que subyace en la reflexión de los ilustrados que hicieron la Independencia y que se expresa en buena parte de las obras hispano-americanas posteriores, se puede sintetizar en el encuentro no siempre armonioso entre el “imperio de la ley, el afianzamiento de instituciones permanentes y las pasiones individuales [...]”.⁴⁴

Para Posada Gutiérrez, en efecto, lo que expresaba esta reiteración de las “revoluciones”, es decir, de los “tumultos” y “rebeliones” era una innegable tensión entre la ley y las pasiones de los hombres, entre la civilidad y el caudillismo, que impedían la estabilidad política y la unidad nacional. En cierto pasaje de su obra, se preguntaba si las revoluciones, ese “remedio” con el cual se pretendía “salvar el país” y que tan a menudo se aplicaba, provendría de los hombres, de las instituciones o de los unos y las otras.⁴⁵ La pregunta era

⁴⁴ Germán Colmenares, “La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en: Germán Colmenares y otros, *La independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, p. 12.

⁴⁵ Joaquín Posada Gutiérrez. *Op. cit.*, p. 283.

retórica, pues a Posada Gutiérrez no le quedaba ninguna duda acerca del imperio de la ley, el que consideraba el fundamento del orden social y el “obstáculo poderoso a todo grande hombre que quiera hacerse dominador, a todo ambicioso que aspire a trastornar las instituciones recibidas, o a sobreponerse al orden establecido”.⁴⁶

Para el autor era claro que los hombres eran quienes utilizaban el pretexto de la defensa de la ley aun para violar la misma ley. Refiriéndose a un caso en el que el coronel Francisco Elizalde informaba que actuaba guardando la más “ciega obediencia a la Constitución y a las leyes”, expresaba la siguiente reflexión: “¡Siempre, antes y ahora, el mismo lenguaje! No parece sino que los revolucionarios de todas las épocas tienen un catecismo que aprenden de memoria”.⁴⁷ En otro pasaje, refiriéndose a la oportunidad en la que Bolívar convocó la Convención (septiembre de 1827) para reformar la Constitución, su crítica la dirigía a las razones esbozadas por el Congreso para justificar dicha convocatoria. En esta oportunidad, criticaba que los miembros del Congreso indebidamente se escudaban en las “circunstancias” para cometer un atropello contra la ley: “Un Congreso que no resume la soberanía; que tiene atribuciones circunscritas por la Constitución, no puede ni debe en ningún caso traspasarlas, y mucho menos para des-

truir la misma Constitución de la que emana su poder. No hay razón, no hay *circunstancias* que autoricen, en ningún caso ni aun por la fuerza a violar los principios fundamentales del orden social [...]”.⁴⁸

La influencia del racionalismo era evidente. La ley era pues ese bien supremo, y el principio que fundaba, el de la legalidad, parecía la guía para las naciones de la América hispánica. Violar la primera y desconocer el segundo, significó para estos países la pérdida del camino hacia la civilidad. Por esto consideraba cada violación de la ley, cada acto contra la Constitución (y no fueron pocos), más que una violación, “la muerte del principio de la legalidad”, que era la “única áncora de esperanza de estas repúblicas sulfúreas para no naufragar en el mar de la anarquía, o encallar en los arrecifes del despotismo”.⁴⁹

La pasión de los hombres era la que los llevaba a cometer actos indebidos contra los principios, contra la ley, contra los mismos hombres. Esta pasión, asociada a la política, era todavía peor porque, aun inspirada en buenos motivos, confundía a los hombres -a los beneméritos y a los advenedizos- y desencadenaba resultados inimaginados. A propósito de la conspiración septembrina en la que se quiso asesinar a Bolívar en Bogotá, “cuestión su-

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 306.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 86.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 123.

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 119-120.

mamente delicada” para el autor, afirmaba que no se podía juzgar de la misma manera a todos los que en ella participaron. De un lado, había realistas (como Carujo y Zuláibar) y “advenedizos, sin hogar y sin vínculos con el país” (Arganil y Orman). Pero, por otro lado, había “jóvenes exaltados” que actuaban con la “íntima persuasión de que servían a la causa pública en aquel acto, y sin malos motivos se lanzaron con valentía incomparable, arrostrando todo riesgo, a ejecutarlo”. Pensando en estos últimos es que afirmaba que “El fanatismo político, como todos los fanatismos, arrastra al delito con la convicción de obrar bien”.⁵⁰ En esas mismas circunstancias, en la que el coronel Fergusson, edecán de Bolívar fue muerto por el comandante Carujo, su amigo y protegido, reflexionaba sobre las razones que argumentó el segundo para justificarse: “No sé yo cómo aceptar esta disculpa, más por otra parte no me atrevo a rechazarla, deplorando esos extravíos de la pasión política, que arrastran al crimen, o nos hacen instrumentos de la fatalidad”.⁵¹

Refiriéndose al partido liberal y a su actitud instrumental de la invasión peruana contra Colombia y de la revolución de Obando y López, que apoyaron desde el interior dicha invasión, decía que demostraba “de la manera más desconsoladora, que la pasión política puede hacer a hombres, por otra

parte honorables, olvidarse de todo para satisfacerla”.⁵² Más adelante, indignado por las justificaciones y comentarios de tales generales, expresaba “¡Es posible, Dios santo, que a tales extremos arrastre la pasión política a hombres respetables, antiguos y beneméritos servidores!”.⁵³

Así pues, la razón y todo lo que de ella se derivaba en beneficio de los hombres y de las nuevas repúblicas, fue desvirtuada por los hombres, por la naturaleza de sus pasiones, que los llevaron a cometer los actos más indignos contra otros hombres y, aun, contra la obra de la Independencia.

5. Federación: palabra ominosa que el infierno inventó para la ruina de Hispanoamérica

La contraposición entre la pasión y la razón, entre el capricho del hombre y la ley, se expresa fundamentalmente, según Germán Colmenares, en el problema de la formación del Estado y en la manera de mantener incólume, “mediante un cuerpo permanente de leyes, la integridad de una nación”.⁵⁴ Esta tensión, en el caso de Posada Gutiérrez, se advierte en la influencia nociva de las ideas federalistas, que, en su opi-

⁵² *Ibíd.*, pp. 257-258.

⁵³ *Ibíd.*, p. 259.

⁵⁴ Germán Colmenares, “La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, *Op. cit.*

⁵⁰ *Ibíd.*, pp. 206-207.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 195.

nión, causaron la desintegración de la Gran Colombia y del sueño de libertad de Bolívar.

La tensión adquirió una dimensión concreta desde 1810, cuando las ideas federalistas limitaron la acción conjunta de las nuevas repúblicas para unificarse contra el propósito de reconquista. Dice Posada que, por los beneficios de la aplicación de dicho modelo en la América anglosajona, la federación se convirtió en una especie de “divinidad” que obraba portentosos milagros. Por esta razón, los patriotas, desde Chile hasta México, “doblaron la rodilla ante el ídolo monstruoso y le erigieron estatuas en todas partes”. Para el autor este fue un “Error fatal, origen de los espantosos desastres de Hispano-América. ¡Calamidad funesta que ha hecho de tan hermosos países vastos cementerios, osarios profundos, y de sus ciudades catacumbas, y de sus campos desiertos y de sus apacibles habitantes, tigres feroces!”⁵⁵

En el decenio de 1820 hubo, de nuevo, un clamor generalizado por la federación, que se advirtió en los pedidos de reforma de la Constitución para lograr la disolución de la Gran Colombia. Este clamor adquirió plena voz desde 1826, cuando se rebeló Páez en Venezuela y el general Santander reclamó la separación de la Nueva Granada; cuando se rebeló la Tercera División en el sur y el general Flórez restableció

el orden pero, alentado por Santander, también proclamó la misma bandera divisionista; así mismo, desde 1829 cuando el general Lamar se rebeló contra Bolívar en Perú y alimentó las pasiones de las gentes que habitaban en el que denominaba “alto Perú”, es decir, en Bolivia. Con este clamor tomó forma la separación de la República y el final del proyecto que Bolívar había concebido para los países que había liberado.

Para el autor, entonces, federación fue la palabra “ominosa [...] que el infierno inventó para la ruina de Hispano-América”.⁵⁶ En efecto, consideraba Posada Gutiérrez que la federación fue, más que las armas realistas, la que propició la reconquista de las fuerzas españolas en 1815. Lo demuestra, por ejemplo, con las dificultades que tuvo Bolívar para lograr el apoyo del Estado de Cartagena para armar a sus hombres y evitar la toma de la ciudad.⁵⁷

Por lo menos en el caso de la Gran Colombia, el origen de algunas facciones y las identidades políticas fragmentadas está relacionado con el tema de la federación. De hecho, éstas fueron mucho más fuertes que la misma identidad “nacional” y, de alguna manera, contribuyeron a la división de la república fundada por Bolívar y a su escisión en Ecuador, Nueva Granada y Venezuela. En efecto, a los antagonis-

⁵⁵ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 325.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 81.

⁵⁷ *Ibíd.*, v. II, pp. 111-112.

mos y discordias que promovían las facciones en cada lugar, se agregó un “combustible más al incendio que se preparaba”: “la rivalidad sorda” que existía entre granadinos, peruanos y venezolanos.⁵⁸ Las rivalidades no nacieron con las facciones partidistas, pero sí se hicieron más fuertes y fueron las que, al final, lograron la disolución de la nación.

Refiriéndose al caso de la dúctil política partidista en Venezuela y a sus efectos sobre la Gran Colombia, dice:

Lo particular es que el partido que se levantó allí en este sentido, se llamó liberal, y su caudillo fue el mismo general Páez; y el partido constitucional de 1826 que no admitía la separación [de la Gran Colombia], se llamó boliviano; y más particular es todavía que consumada después la disolución de Colombia, muerto el Libertador, erigida en república independiente Venezuela, bajo un gobierno civil, el partido boliviano, centralista, viniera a ser liberal y federalista, acaudillado por el señor Guzmán; y el liberal de entonces, que había roto la unión y destruido el poder del Libertador, fuese calificado de oligarca, retrógrado, conservador. Vengan, pues, todos los estadistas del mundo a desembrollar el caos de la política militante de estas llamadas repúblicas en Hispano-América.⁵⁹

⁵⁸ *Ibid.*, p. 46.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 330-331.

En 1832, luego de la muerte de Bolívar, una Constitución sancionó, no la federación sino la disolución de la Gran Colombia, a partir de la cual surgieron las repúblicas de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela.

Mientras que para muchos de sus contemporáneos en la federación estaba la solución a los problemas políticos derivados de una independencia inesperada, de un país fragmentado cultural y geográficamente, para otros, como Posada Gutiérrez, en ella residió la ruina del sueño de libertad de Bolívar, y aun peor, de cada nuevo Estado que nacía bajo tal principio: “La federación arrebatando a la muerte su guadaña y seguida de las furias del Averno lo arrasa todo, dejando escrito con letras de sangre sobre los escombros y sobre los osarios, una sola frase: ‘Estados Soberanos’, en cambio de la más horrorosa desolación”.⁶⁰

6. “La discordia sacudiendo las serpientes de su cabellera”

Desde 1815, cuando Simón Bolívar escribió la Carta de Jamaica, el “destino” de las todavía no liberadas repúblicas de América parecía incierto. Además de la amenaza de la reconquista española, existía esa contradicción básica de origen, que parecía conspirar contra un principio legitimador del proyecto republicano: la de los gestores de

⁶⁰ *Ibid.*, v. II, p. 108.

la Independencia que eran como una “especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”.⁶¹

Para el general Posada, la contradicción “originaria” fue desbordada y superada por otras escisiones también referidas a la identidad, pero ya entonces expresadas en el lenguaje moderno de la política: la existencia de facciones y “partidos”. De ellos, François-Xavier Guerra dice que “se conciben peyorativamente como ‘bandos’ o ‘facciones’ cuya acción conduce a una ‘discordia’ que pone en peligro la cohesión social. Este temor resulta, por lo demás, justificado, en la medida en que la pugna entre los grupos políticos conduce a la exasperación progresiva de la lucha, y acaba trayendo consigo exilios, confiscaciones de bienes e incluso ejecuciones sumarias, con sus consecuencias inevitables de represalias de venganzas en cadena”.⁶²

En la interpretación de Posada Gutiérrez, las pasiones políticas de los hombres contribuyeron a erosionar el imperio de la ley, y fue la existencia de estas facciones y de los “partidos” la que impidió consolidar un proyecto colectivo, necesario para el predominio de

las instituciones republicanas. Desde su perspectiva, la estabilidad política y la unidad habrían sido posibles si no hubieran existido esos canales conductores, esos aglutinadores y esos exaltadores de las pasiones políticas.

Las facciones no heredaron automáticamente la oposición entre centralistas y federalistas, la cual, hay que recordar, facilitó la restauración española después de 1815. Sin embargo se sobrepusieron a ella, pero dando origen a una diferenciación relativamente distinta: la división entre “bolivianos” (es decir, bolivarianos) y santanderistas. A Joaquín Posada Gutiérrez le correspondió vivir, describir e historiar esta última, a la que le dedica una buena parte del primer tomo de su obra.

En efecto, después de 1825, la identidad política y, en consecuencia, la fragmentación social de los colombianos se dio a partir de dos personalidades y, aparentemente, de dos proyectos políticos no coincidentes: la de Santander y el liberalismo republicano, y la de Bolívar y el monarquismo constitucional. Considera Posada Gutiérrez que por esos días los ciudadanos se engalanaron “los unos con el título de *liberales*”, denominando y tratando a los otros de “*serviles*”. Desde entonces y hasta la muerte de Bolívar en 1830, por lo menos, los partidos adoptaron un perfil “personalista” y perdieron su “carácter político”, de tal manera dicha situación “desconsolaba a los hombres desapasionados e imparciales”.⁶³

⁶¹ Simón Bolívar, “Carta de Jamaica”, en: *Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (1), México, UNAM, 1978, p. 17.

⁶² François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 3ª edición, México, Fondo de Cultura Económica-Editorial Mapfre, 2000, p. 361.

⁶³ Joaquín Posada Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 64.

Entre los aspectos generales que dieron lugar a tal división, Posada Gutiérrez hace énfasis en los siguientes: el debate alrededor del destino de los empréstitos hechos por la banca inglesa, en el que se acusó a personajes cercanos a Santander; la actitud permisiva de Bolívar frente a la rebelión de Páez en 1826 en Venezuela; la actitud solapada del vicepresidente Santander ante la posibilidad de que Bolívar reasumiera la presidencia; la convocatoria de la Convención en 1829 para que reformara la Constitución, un año antes de lo previsto; el rumor explotado por los santanderistas de que Bolívar quería adoptar la constitución boliviana para Colombia con el objeto de imponerse como presidente.

Estas divisiones incidieron en la formación de identidades políticas parciales y, al mismo tiempo, bastante maleables. Un caso que puede ilustrar cómo se expresaron estas diferencias partidarias en la jerarquía militar, y posteriormente en la sociedad, es el de dos generales del Ejército Libertador. Aunque Posada Gutiérrez lo simplifica en exceso para exaltar lo ridículo de tales divisiones, da una idea de cómo se iban reproduciendo, hacia abajo, las diferencias entre los prohombres de la Independencia y la República de la Gran Colombia:

El general Montilla era venezolano, el general Padilla era granadino. El general Montilla era blanco, el general Padilla era pardo. El general Montilla era boliviano [es decir, del partido bolivariano],

el general Padilla, por consiguiente, era santanderista; lo que significa que si el general Montilla hubiera sido santanderista, el general Padilla habría sido boliviano. El general Montilla era ilustrado, el general Padilla era ignorante. Debían, pues, ser rivales; no habiendo de común entre ellos sino que ambos eran generales de división, antiguos y beneméritos servidores [...].⁶⁴

En los denominados “partidos” no había una definición ideológica clara y estaba ausente la base programática. Estas características se mantuvieron, por lo menos, durante la primera mitad del siglo XIX. Para Posada Gutiérrez, estos rasgos se expresan, por ejemplo, en las nominaciones que adoptaban las facciones y en las pertenencias de sus miembros. Sobre las nominaciones de estas facciones, dice, por ejemplo, que la “calificación” de liberales había variado por intervalos: “unas veces en *progresistas*, otras en *radicales*, subdividiéndose a veces en *gólgotas*, en *draconianos*; otras en *democráticos*, en *federalistas*, y últimamente en *mosqueristas*”. Por otro lado, éstos calificaban a sus opositores (los adeptos a Bolívar) como del partido “*servil*”, calificación que con el tiempo se había vuelto más injuriosa: “ya en *beatos*, *rabilargos*, *fanáticos*, *romanistas*, *papistas*; ya en *retrogrados*, *centralistas* y últimamente en *godos*”.⁶⁵ So-

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 142.

⁶⁵ *Ibíd.*, pp. 32-33.

bre la pertenencia de sus miembros, dice que, aunque a unos se les calificaba de serviles y a los otros de liberales, algunos de ellos llegaban a ser parte de la facción contraria, de tal manera que “el mayor número de los que entonces eran llamados serviles resultan ahora liberales, y muchísimos de los que éramos considerados liberales, hemos venido a encontrarnos calificados de godos, como se llamaba en los primeros días de la revolución a los enemigos de la independencia”.⁶⁶

Su perplejidad sobre estas mutaciones escondía una crítica severa a la ausencia de razones políticas que dieran sustento a las divisiones partidistas. Esto, por lo menos, se advierte cuando se hace la siguiente pregunta: “De qué manera se haya podido verificar esta metamorfosis en los nombres, sin que se haya cambiado la naturaleza de las cosas, es lo que nadie podrá explicar”.⁶⁷ Para demostrar lo que consideraba absurdo e irracional, apelaba a su propio caso:

Y, por tanto, a pesar de mi conocida adhesión personal al Libertador, me vi naturalmente enrolado en el partido constitucional, que para desgracia del país cambió su expresivo nombre por el de *liberal*. Este epíteto aplicado a un partido me ha repugnado siempre, aun desde aquellos tiempos en que se significaba *algo plausible*; y me ha

repugnado porque él solo, envuelve un sarcasmo, una injuria, un ultraje a los adversarios, y porque los que le adoptaron y los que lo conservan, no tuvieron ni tienen otra mira que esa al adoptarlo y conservarlo.⁶⁸

Cuando el autor se refiere a los programas de las facciones, aprovecha la oportunidad, de nuevo, para defender el proyecto de los civilistas y constitucionalistas que, como él, fueron ubicados en el partido boliviano y, a su vez, en criticar las actitudes cambiantes del “partido liberal”. En un pasaje extenso de su obra, resume esta actitud:

Se ha dicho [...] que el partido boliviano, no tenía principios fijos, y esto es verdad hasta cierto punto; pero no absolutamente: el partido boliviano se ocupaba poco o mejor dicho nada, de la cuestión primera, relativa a la adopción en Colombia de la Constitución de Bolivia. Esa idea no tuvo séquito nunca; pero tuvo fijeza y perseverancia aquel partido en mantener la integridad de la República, el régimen central, y la autoridad del Libertador. Del partido santanderista puede decirse con más razón que no tuvo principios fijos. En los primeros días fue constitucional, y lo fue sinceramente, defendiendo por tanto el centralismo y la integridad de Colombia, que la Constitución establecía y hacía inviolables; después saltó a la

⁶⁶ *Ibid.*, p. 35.

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 46-47.

federación y de allí a la disolución de la República, pregonando la independencia absoluta de la Nueva Granada; luego declinó en una confederación de tres repúblicas, y más tarde (en 1832), cuando se hizo omnipotente, retornó al centralismo bastardeado”.

Por lo demás, de alguna manera consideraba como natural que “las doctrinas de los hombres” variaran según cambiaban “los intereses de su partido”. Pero lo que no podría dejar de advertir era que en el partido “que se llama liberal, es esta una práctica ya establecida”.

Por otro lado, lo preocupante y dramático de estas escisiones partidistas eran sus efectos sobre la sociedad. De un lado, lo primero que se advierte en las percepciones de Posada Gutiérrez es que las facciones y los “partidos” creaban una división “funesta” entre ciudadanos, causa de “rivalidades sordas” y motivo del derramamiento inútil de sangre. Desde que se prefiguraron las facciones, el autor preveía lo que ocurriría con su “deslinde” y con la exaltación de las pasiones de que eran agentes: “tarde o temprano harían correr la sangre de los pueblos en los campos de batalla”.⁷¹ Esto, como lo registra en su obra, ocurrió efectivamente en cada una de las rebeliones, sublevaciones y revoluciones que, como

se dijo atrás, a nombre de la ley, emprendieron ambos “partidos”.

Así pues, el “encono” entre los partidos empujó al país a la tragedia de la disolución y a las guerras civiles. Para el autor, cada acto e incidente “aumentaba la cisión entre los partidos, y afilaba el puñal con que atravesarían algún día el corazón de la Patria, hiriéndose entre sí en lucha mortal”.⁷² Esto situaba al país en un “plano inclinado en que va rodando, ¡Dios sabe hasta dónde!”.⁷³ Con el tono voluntarista característico en la obra, advierte finalmente que si los partidos hubiesen “depuesto su encono en un abrazo fraternal, la patria quizá no habría caído en el abismo en que se ha sumergido”.⁷⁴

7. La “borrasca” de las elecciones populares, la prensa libertina y los clubes conspiradores

Joaquín Posada Gutiérrez retoma, en buena parte, las opiniones y preveniciones que Bolívar tenía de las elecciones, pero con una experiencia histórica de por medio que le permitía demostrar, en su opinión, lo acertado que aquellas estaban. Esta percepción, hay que decirlo, no era positiva. Aunque Bolívar era un republicano, Posada Gutiérrez dice que, desde 1819, en el Congreso de Angostura, propuso un

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 132.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 92.

⁷¹ *Ibíd.*, p. 46.

⁷² *Ibíd.*, p. 48.

⁷³ *Ibíd.*, pp. 44-45.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 124.

senado hereditario porque “le atormentaba el temor de las perturbaciones, de las borrascas, que preveía que habían de causar las frecuentes elecciones populares, principalmente las de los altos mandatarios”.⁷⁵

Para Bolívar, y seguramente para su seguidor, “los cimientos deleznable” en que se basaban los gobiernos de la época hacían inviable la consolidación de una república “exageradamente democrática”, con elecciones periódicas. Los gobiernos, decía, difícilmente podrían poner algún límite a las ambiciones y serían “combatidos por las oleadas electorales”. De esta manera, “resultaría que cada bamboleo del poder público traería la guerra civil, que es la peor de todas las calamidades sociales, y tras ella la tiranía en nombre de la libertad”.⁷⁶ Para Posada Gutiérrez, la constatación de los hechos históricos obligaba a una revaloración de las intenciones de Bolívar: “Lo que está pasando en todas partes, ¿no disculpará, a lo menos, la rectitud de las intenciones del Libertador, o mejor dicho, su luminosa previsión?”.⁷⁷

Al retomar las afirmaciones de Bolívar, lo que buscaba Posada Gutiérrez era reivindicar las capacidades de estadista de Bolívar y, al mismo tiempo, justificar su propia posición al respecto. En su opinión, en las justas demo-

cráticas abundaban “los corredores y agiotistas del mercado eleccionario”.⁷⁸

En las juntas que calificaban las elecciones, “como se sabe, se preparaban muchas cosas”: por ejemplo, se anulaban los votos de los candidatos opositores, como hacía frecuentemente el partido santanderista con los “candidatos bolivianos”. Estas prácticas se repetían en las elecciones para cámaras de provincia, para asambleas y para congreso. Se preguntaba el autor si estas actuaciones no corroborarían “la opinión de los que creen que el sistema electoral es una mentira, y que todo es mentira entre nosotros, menos la fuerza”.⁷⁹

Tanto como los partidos y las elecciones, otro tipo de expresiones modernas de la política tales como la prensa, los clubes y las asambleas deliberantes generaban el rechazo del general Posada. La prensa, en su opinión, fue el canal para difundir las “palabras sacramentales de todos los revolucionarios”.⁸⁰ Los “escritores públicos” mantenían guerras de “difamación e inculpaciones recíprocas [...] que es lo que en todo tiempo encona los ánimos y atiza la tea de la discordia”.⁸¹ La libertad de imprenta era aprovechada para la “licencia escandalosa de los escritores públicos” y para calumniar e insultar a las autoridades.⁸²

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 25.

⁷⁶ *Ibíd.*, pp. 48-49.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 25.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 126.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 139.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 66.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 125.

⁸² *Ibíd.*, p. 138.

Por ejemplo, *El Conductor* o la *Gaceta de Colombia*, que era el medio de información oficial, eran periódicos en los que no sólo se atacaba al Libertador y se le censuraba “con enconada exageración”,⁸³ sino que también se hacía una “guerra abierta” a los “principios conservadores” de la Constitución Boliviana, la cual Bolívar quería que Colombia adoptara.⁸⁴ Así mismo, periódicos como *El Granadino*, “atizaba el fuego en todas partes”, mientras que *El Conductor* y *La Bandera Tricolor* “le ayudaban con todo el frenesí de la pasión más exagerada”. De otro lado, periódicos como *El Ciudadano* se oponía a los anteriores. Así “la guerra de papeles se hacía a muerte contra todo mérito, acriminándose los unos a los otros con un furor que llegaba a la demencia”.⁸⁵

Por lo demás, la prensa era fuente de acciones y de reacciones que llevaban, incluso a los hombres más serenos, a alterarse y a asumir conductas equivocadas. Por ejemplo, cuando Bolívar usó las facultades extraordinarias que le concedía el artículo 128 en su calidad de Presidente, el “desenfreno” de la prensa liberal propició hechos en aquellos a quien atacaba: “En aquellos días de desenfreno de la imprenta liberal prodigando la injuria y el insulto, principalmente al gobierno y a los milita-

res, precipitó a algunos de éstos a cometer imprudencias”.⁸⁶

Los debates y las deliberaciones en el Congreso también le generaban repudio por las transacciones que allí se hacían. Consideraba que en las “asambleas deliberantes”, en las que se formaban los consensos, se obraba en detrimento de los principios: “En ellas hay por lo general hombres contemporizadores que, queriendo quedar bien con todos, adoptan un sistema de concesiones a los unos y a los otros, con lo que rara vez dan un triunfo decisivo a los principios que se controvierten, de lo que resultan abortos informes que aumentan las dificultades en lugar de allanarlas”.⁸⁷ La “táctica parlamentaria”, por su lado, comprendía aquellos procedimientos “irregulares”, en los que mediante “intrigas” y “arterías” o mediante la “infracción voluntaria de los reglamentos” se oprimía y acallaba la opinión política contraria.⁸⁸

En los clubes políticos, que a menudo adoptaban el disfraz de sociedades filológicas literarias, se conspiraba. Sus miembros por lo general eran jóvenes, la mayoría de ellos educados en el Colegio de San Bartolomé. Dice que aprendían “historia en las novelas y en catecismos diminutos”, tal vez haciendo referencia a las novelas de Edgar Quinet o de Eugène Sue, aunque aque-

⁸³ *Ibíd.*, pp. 73-74.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 75.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 98.

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 137.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 158.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 168.

llas se publicaron respectivamente en 1833 y 1844. Era normal que allí se calificara a “Julio César de tirano abominable y al Libertador de otro César, y más tirano que César”.⁸⁹ “Además de la Sociedad Filológica, en la que en sesiones públicas se discutían cuestiones literarias y en privado la muerte del César colombiano, había otras juntas secretas”.⁹⁰ Algunas de ellas derivaban en juntas secretas “a las que concurrían todos los especuladores en revueltas [y] algunos hombres ilusos”.⁹¹

Para Posada Gutiérrez, las elecciones, los clubes, las juntas electorales y la prensa propiciaron, en buena parte, que el concepto de libertad se tergiversara. En su opinión, este concepto, que “no habla sino inglés, y apenas de poco tiempo a esta parte está aprendiendo uno que otro idioma con mucha dificultad y tartamudeo”,⁹² fue usado e instrumentalizado por el liberalismo para hacerse al poder e imponer un régimen de excesos, atropellos y opresión.

Seguramente afectado por los hechos de la guerra civil de 1859-1862, en la que triunfó militarmente el partido liberal, se preguntaba:

¿Qué es la libertad? ¿No es el respeto a todos los derechos de la humanidad, protegidos por la ley,

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 187.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 188.

⁹¹ *Ibíd.*, p. 143.

⁹² *Ibíd.*, p. 125.

afianzados por el orden y asegurados por la justicia administrativa por tribunales que den garantías de independencia y rectitud? La libertad de conspirar impunemente, de calumniar, de atropellar los derechos más sagrados, de alzarse con el poder por el crimen, de no respetar ni el sexo débil que no puede defenderse, de oprimir con sevicia feroz, de erigir el vandalaje en sistema, de asesinar, de saquear, de incendiar... ¿es la libertad que conviene a los pueblos?”.⁹³

En el fondo de estas reflexiones lo que se percibe es el dolor y la rabia derivados de los hechos que le sirvieron de entorno a la escritura de su obra. También subyace una crítica radical al partido liberal colombiano y a sus integrantes, por su responsabilidad en la disolución de la Gran Colombia. Pero lo que más se advierte es el desencanto, la desilusión y el pesimismo de un general de la Independencia que fue testigo tanto de las gestas heroicas como de las guerras intestinas que impidieron consolidar el sueño de Bolívar.

Consideraciones finales

La historiografía del siglo XIX forjó imágenes fundantes de una determinada percepción de los países de la América hispana y de una orientación ideológica determinada. Aunque no aborde sistemáticamente el problema de las ideas, debe ser considerada como par-

⁹³ *Ibíd.*, p. 155.

te de la historia intelectual de cada uno de sus países. Esta historiografía, en tanto portadora de una formulación ideológica específica, también ayudó a delinear la percepción de los intelectuales latinoamericanos que se expresaron por medio de ensayos en los que opinaban con desigual rigor acerca del pasado, presente y futuro de la América hispánica.

Dentro de esta historiografía, las reflexiones de Joaquín Posada Gutiérrez son importantes porque ilustran las percepciones de un personaje que, formado en las ideas de la Ilustración, participó activamente en la guerra de Independencia y en los años turbulentos de vida republicana. Las ideas que resultaron de este contraste entre Ilustración, Independencia y República, entre ideal y realidad, ayudaron a conformar una visión escéptica y pesimista de la vida republicana, la cual, probablemente, compartieron muchos de sus contemporáneos en Hispanoamérica. Esta visión no sólo entró en contradicción con los ideales de la generación del romanticismo liberal de

mediados del siglo, sino que también contribuyó a la formación de las bases sobre las que se erigió una versión conservadora del proceso.

Las preocupaciones, afirmaciones y reflexiones de Posada Gutiérrez son, pues, indicio y reflejo de una época concreta, en la que se configuraron dos tendencias interpretativas sobre el sentido del siglo XIX colombiano.

Las impresiones del autor sobre la revolución de Independencia y las guerras civiles, sobre la tensión entre la ley y las pasiones individuales, sobre el asunto de la federación, sobre los “partidos” y las facciones, así como sobre las elecciones, la prensa y los clubes políticos, lo llevaron a replantear el pasado colonial y a cuestionar las bases sobre las que se erigía el proyecto liberal que prometía un mundo “moderno”. La experiencia de la guerra de 1859-1862 le dio una dimensión política e ideológica a su discurso, aunque no por ello carente de lucidez, que contradecía la promesa de modernidad en un país dominado por las pasiones políticas, el egoísmo y la ambición de los hombres y los partidos.